



DOSSIER

Manuel Vicent

Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de La Plata

III Congreso Internacional

Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas

Diálogos transatlánticos: puntos de encuentro



EDITORES

FEDERICO GERHARDT / RAQUEL MACCIUCI

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Cátedra de Literatura Española II - Departamento de Letras

IdIHCS

Instituto
de Investigaciones
en Humanidades
y Ciencias Sociales



Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria



Dossier
**MANUEL VICENT. Doctor Honoris Causa
por la Universidad Nacional de La Plata**

Federico Gerhardt y Raquel Macciuci (Editores)

Asistente de edición: Sofía Bonino

Fotografías: Recepción Presidencia: Julieta de Marziani (Prensa-UNLP)

Investidura: Jorge Cathelin

Charla sesión tarde: (captadas video): Néstor Bórquez

Diseño de Cubierta y edición de imágenes: Daniela Calviño

Compaginación: Raquel Macciuci

ISSN 2250-4168

La presente publicación se inscribe en el marco del Proyecto H665, Programa de Incentivos a la Investigación, “Diálogos transatlánticos. Estudio de las relaciones en el campo de la cultura y las letras entre Argentina y España”, dirigido por la doctora Raquel Macciuci y codirigido por el doctor Fabio Espósito. (IdIHCS/CONICET- UNLP). Ha sido financiada parcialmente por el PICT Bicentenario-2010-2504, “Letras sin libro. Literatura española en soporte prensa: mestizaje, intermedialidad, canon, legitimación. Proyecciones del articulismo en la novela del siglo XXI”, dirigido por la doctora Raquel Macciuci (Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. FONCyT).

Universidad Nacional de La Plata. III congreso internacional de literatura y cultura españolas contemporáneas. *Diálogos transatlánticos: puntos de encuentro*

La Plata, 8, 9 y 10 de octubre de 2014

Presidenta: Raquel Macciuci

Comité científico: José Amícola, Guillermo Banzato, Miriam Chiani, Cristina Di Gregori, Santiago Disalvo, José Luis de Diego, Juan Ennis, Fabio Espósito, Mario Goloboff, Laura Juárez, Margarita Merbilhaá, Mónica Musci, María Teresa Pochat, Carolina Sancholuz

Comité ejecutivo: Virginia Bonatto, Néstor Bórquez, Natalia Corbellini, Federico Gerhardt, Lea Hafter, Mariela Sánchez

Comité organizador: *coordinadora:* Sofía Bonino

Integrantes: Guadalupe Barrios Rivero, Cinthia Bringas, Marcos Bruzoni, Laura Conde, M^a de los Ángeles Contreras, Julieta Haramboure, Luciano Miglierina, Julieta Novelli, Timothy Ostrom, Jorge Ponce, Luz C. Souto Larios, Gisele Spelzini.

Simposios

1. A partir de Manuel Vicent. Literatura / periodismo en la literatura española: nuevas aproximaciones. Coordina: Raquel Macciuci

2. Teatro: dramaturgia, representación y espectáculo. Coordinan: Natalia Corbellini y Lea Hafter

3. Guerra y posguerra: la retaguardia y el testimonio silencioso. Fragmentos de la vida cotidiana española desde la literatura y el fenómeno intermedial. Coordina: Néstor Bórquez

4. Proyectos editoriales de españoles en la Argentina. Coordina: Federico Gerhardt

5. 75 años después: voces y relatos argentinos para la narración de la Guerra Civil española. Coordina: Mariela Sánchez

6. Transformaciones en las representaciones de los géneros sexuales desde la transición democrática hasta nuestros días. Coordina: Virginia Bonatto e Ignacio Lucía



Contenidos

[Presentación, por Federico Gerhardt](#)

[Resolución del Honorable Consejo Superior de la UNLP](#)

[1. Copia de la resolución](#)

[2. Información relacionada](#)

[Manuel Vicent. Clase Magistral: “Travesía literaria”](#)

[Ceremonia de investidura del escritor y periodista Manuel Vicent como Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de La Plata](#)

[3. Palabras de la Directora del Centro de Teoría y Crítica Literaria de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, doctora Miriam Chiani](#)

[4. Palabras de la Presidenta del III Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Diálogos transatlánticos: puntos de encuentro, doctora Raquel Macciuci](#)

Galería de imágenes

[1. Recepción del Presidente de la UNLP, profesor Raúl Perdomo.
Fotos de Julieta de Marziani - Prensa UNLP](#)

[2. Acto de Investidura.
Fotos de Jorge Cathelin, excepto n° 33, 35, 63, de Julieta de Marziani -
Prensa UNLP, y n° 46 de Néstor Bórquez](#)

[3. Mesa especial. Charla con Manuel Vicent
Fotos de Néstor Bórquez](#)

[4. Manuel Vicent. Retrato-secuencia
Edición Daniela Calviño y Raquel Macciuci](#)



Presentación

La vinculación del escritor y periodista Manuel Vicent con la Universidad Nacional de La Plata se remonta al año 1995, en que por iniciativa de la Cátedra de Literatura Española II y del entonces vicedecano José Luis de Diego, fue invitado, junto con el poeta Antonio Ramoneda y el cineasta Manuel Gutiérrez Aragón, a un ciclo de conferencias en el marco de las "Jornadas España-Argentina mayo 1995: Un encuentro cultural" (Buenos Aires, Biblioteca Nacional y Oficina Cultural de la Embajada de España).

A casi dos décadas de aquel encuentro que dio lugar a un fecundo y sostenido lazo transatlántico, el miércoles 8 de octubre de 2014, Manuel Vicent fue galardonado con el título de Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de La Plata en el marco del *III Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Diálogos transatlánticos: puntos de encuentro*.

La jornada dio comienzo en el edificio de Presidencia de la UNLP, por la mañana y contó con la presencia del embajador de España en Argentina, don Estanislao de Grandes Pascual.

En primer lugar, el presidente de la universidad, profesor Raúl Perdomo, dio la bienvenida al Manuel Vicent. Seguidamente, se inició la ceremonia de investidura, en la cual recibió el diploma de manos de la vicepresidenta académica y científica, profesora Ana Barletta. El escritor cerró el acto con la lectura de su Clase Magistral, titulada "Travesía literaria".

El mismo miércoles por la tarde, como cierre de uno de los simposios del congreso, "A partir de Manuel Vicent. Literatura/periodismo en la literatura española: nuevas aproximaciones", el autor mantuvo una charla con José Luis de Diego y Raquel Macciuci, presidenta del Congreso y coordinadora del simposio, a continuación de la cual se llevó a cabo una charla con el público presente, moderada por Federico Gerhardt.

Las páginas que siguen, quieren dar cuenta, en letra e imagen impresas, del destacado acto académico y del diálogo cordial de Vicent con su público lector.

Federico Gerhardt
La Plata, 28 de febrero de 2015

Resolución del Honorable Consejo Superior de la UNLP



Dirección del Consejo Superior / Presidencia / Universidad Nacional de La Plata

NOTA N° 702

La Plata, 28 de agosto de 2014

Señor
Escritor y Periodista Manuel VICENT
Presente

De mi mayor consideración,

Tengo el agrado de dirigirme a Ud. a los efectos de hacerle llegar la Resolución N° 14/14 del Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata, por la cual se le otorga el Título de Doctor "Honoris Causa" de esta Casa de Estudios.

Felicitándolo por tan honrosa distinción, saludo a usted muy atentamente.


Sr. Srva. León TRANQUILLI del
Instituto de Docencia y Consejo Superior
Universidad Nacional de La Plata



Dirección del Consejo Superior / Presidencia / Universidad Nacional de La Plata

Expediente Código 500 Número 1.544 Año 2.014

La Plata, 28 AGO 2014

VISTO, la propuesta del Consejo Directivo de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de otorgar el título de **Doctor "Honoris Causa"** de la Universidad Nacional de La Plata al **Señor Escritor y Periodista Manuel VICENT** en los términos del art. 56 inc. 17 del Estatuto de la Universidad y los art. 11 y 12 de la Ordenanza N° 181 modificada por Ordenanza N° 245 y:

CONSIDERANDO:

Que, nació en el año 1936 en La Vilavella (Provincia de Castellón-Comunidad Valenciana);

Que, es Escritor y Periodista, autor de una extensa obra, publicada en libro y en prensa periódica;

Que, como articulista literario, desde hace cuatro décadas está presente en la vida cultural española a través de diversos medios periodísticos, principalmente el diario El País. Puede considerarse sin temor a equívoco que el mencionado escritor es un festigo y un sobreviviente de la etapa inicial del periódico fundado en 1976, cuando el órgano se convirtió en un factor clave para consolidar la democracia tras la dictadura franquista;

Que, es considerado un gran renovador de los géneros breves de la literatura de autor en soporte prensa, a la vez que su nombre se asocia con el de un cronista perspicaz y original que ha narrado los cambios de España y del mundo con un registro personal, una mirada lúcida y sorprendente. La crítica elogia su singular lenguaje literario que logra conjugar el gran estilo con un acercamiento certero a la realidad política y cotidiana. Sus páginas nunca son intransitables literarias sino que se involucran con el hombre y el mundo, sus problemas e interrogantes;

Que, sus fórmulas para intervenir en la realidad y formar opinión no siguen esquemas preconcebidos; su independencia y autonomía de criterios constituyen uno de los pilares de su proyecto creador, en ocasiones no comprendido por la dificultad de ser alineado con los discursos sociales y estéticos establecidos;

Que, la producción periodística de Manuel Vicent no es fácil de sistematizar. Gran parte ha sido compilada en volúmenes independientes (registrados en el aparato precedente como obra publicada en formato libro), pero un porcentaje importante no ha sido antologada;

Que, en más de 40 años de labor ha cultivado con maestría diversos géneros breves en la frontera de la literatura y el periodismo, como son el artículo literario, la crónica urbana, el relato de viaje, el reportaje, la entrevista, el relato, el relato breve, el columnismo. Su trayectoria como articulista figura entre las más destacadas y originales desde el tardofranquismo hasta la actualidad creando un precedente de alcance internacional;



Dirección del Consejo Superior / Presidencia / Universidad Nacional de La Plata

Expediente Código 500 Número 1.544 Año 2014

Que, su posición antiarmamentista y crítica de las guerras imperiales, además de los testimonios de sus columnas de opinión dominicales, queda registrada en algunos hitos señalados, como el haber sido invitado a leer la declaración en contra de la primera invasión norteamericana a Irak (Tormenta del Desierto) o la polémica sostenida con Mario Vargas Llosa a causa de la invasión europea a Kosovo que el peruano defendía, su firma en contra del pedido de visado a los ciudadanos colombianos para entrar en España o sus columnas a favor del pueblo Palestino;

Que, entre los numerosos temas que identifican su universo literario, destaca el especial tratamiento que ha dado a la cultura y el espacio mediterráneo, recuperando las raíces clásicas y paganas, el espíritu hedonista y la relevancia de los sentidos como forma de conocimiento y filosofía vital;

Que, ha recibido varios premios y distinciones entre los que se encuentran: Premio Alfaguara de Novela, por Pascua y naranjas (1.966); Premio González-Ruano de Periodismo, por No pongas tus sucias manos sobre Mozart (1.979); Premio Nadal, por Balada de Coñ (1.986); Premio Francisco Cerecedo concebido por la Asociación de Periodistas Europeos en España (1.994); Premio Alfaguara de Novela, por Son de mar (1.999); Premio Cartelera del Tula por León de ojos verdes (2.009) y la designación de Doctor Honoris Causa por la Universitat Jaume I de Castellón (2.008);

Que, su integridad en los aspectos ético-morales ha sido motivo permanente de reconocimiento y valoración en todos los claustros y entidades Profesionales;

Que, la distinción propuesta cuenta con dictámenes favorables de las Comisiones de Enseñanza y Postgrado y de Interpretación y Reglamento, ajustándose a todo lo prescripto por el Art. 38º del Estatuto de la Universidad y el art.11º de la Ordenanza Nº 181/86 reglamentaria de la anterior;

Que, el Estatuto de la Universidad Nacional de La Plata en su artículo 56 inciso 17 establece la facultad del Consejo Superior de otorgar el título de Doctor "Honoris Causa" para distinguir a personas que sobresalieren por su acción ejemplar, trabajos o estudios;

Por ello,

**EL CONSEJO SUPERIOR
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA**

RESUELVE:

ARTICULO 1º: Otorgar el título de Doctor "HONORIS CAUSA" de la Universidad Nacional de La Plata al Señor Escritor y Periodista Manuel VICENT (Pasaporte Nº AA1040982) en los términos del Art. 56 Inc. 17 del Estatuto de la Universidad y los Art. 11º y 12º de la Ordenanza 181/86;



Dirección del Consejo Superior / Presidencia / Universidad Nacional de La Plata

Expediente Código 500 Número 1.544 Año 2014

ARTICULO 2º: Comuníquese al Señor Profesor distinguido y por nota a la Dirección de Títulos y Certificaciones en virtud de lo establecido en el Art. 12º de la Ordenanza 181/86. Cumplido, pase a la Facultad de origen para su conocimiento y demás efectos.

RESOLUCIÓN C. S. N° **14**



LIP RAÚL ANDRÉS PERDOMO
Presidencia
Universidad Nacional de La Plata



Dr. LEONARDO J. GONZÁLEZ
Secretario General
Universidad Nacional de La Plata

Información relacionada

Universidad

http://www.unlp.edu.ar/articulo/2014/8/26/sesiono_el_consejo_superior_agosto_2014

<http://congresoespanyola.fahce.unlp.edu.ar/iii-congreso-2014/Gacetilla%20Manuel%20Vicent.pdf>

http://www.unlp.edu.ar/articulo/2014/9/30/el_escritor_espanol_manuel_vicent_sera_distinguido_como_doctor_honoris_causa_de_la_unlp

https://www.youtube.com/watch?v=_SlrLW_Re_M

<http://congresoespanyola.fahce.unlp.edu.ar/iii-congreso-2014>

Prensa periódica

<http://www.eldia.com.ar/edis/20141009/Manuel-Vicent-maestro-titulo-platense-informaciongeneral7.htm>

<http://www.eldia.com.ar/edis/20141008/Llega-Plata-escritor-espanol-Manuel-Vicent-sera-nombrado-Doctor-Honoris-Causa-informaciongeneral2.htm>

<http://www.eldia.com.ar/edis/20141008/UNLP-distinguio-escritor-espanol-Manuel-Vicent-20141008153833.htm>

<http://www.eldia.com.ar/edis/20141012/Vivimos-circo-mediatico-septimodia0.htm>

http://cultura.elpais.com/cultura/2014/10/09/actualidad/1412867008_569407.html

<http://www.lanacion.com.ar/1735509-manuel-vicent-la-imaginacion-es-lo-contrario-a-la-fantasia>

http://www.revistaen.clarin.com/literatura/Vicent-escritor-viviendo-series-literatura_0_1230477354.html

<http://www.abc.es/agencias/noticia.asp?noticia=1688712>

Manuel Vicent. Clase Magistral: “Travesía literaria”



Universidad Nacional de La Plata
Manuel Vicent Doctor Honoris Causa

8 de octubre de 2014

Clase Magistral
Travesía literaria



Manuel Vicent lee su Clase Magistral como Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de La Plata/ Foto: JULIETA DE MARZIANI (PRENSA-UNLP)

Vaya en primer lugar mi gratitud al Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata y al Honorable Consejo Directivo de la Facultad de Hu-

manidades y Ciencias de la Educación por esta distinción académica de Doctor Honoris Causa, que acabo de recibir. Pienso llevarla con orgullo y por mi parte trataré de hacer todo lo posible por estar a su altura y no desmerecerla.

Guardo un gran amor y admiración a este pueblo. Algunos argentinos han sido mis mejores amigos cuando recalaron en Madrid, algunos de grado, otros exiliados a la fuerza en tiempos duros de la dictadura. En mis viajes a este país me he sentido siempre acogido fraternalmente. Por mi parte trato de hacer todo lo necesario para que nunca desaparezca este encanto.

El *III Congreso Internacional de Literatura y Cultura españolas contemporáneas. Diálogos trasatlánticos: puntos de encuentro* que hoy inauguranos en la Universidad Nacional de La Plata constituye una fiesta literaria, una mezcla de estudio, reflexión y homenaje a nuestra lengua común. Más allá de cualquier intercambio económico el idioma castellano es el mar más generoso, ancho y profundo que une a Argentina y España, nuestra mayor riqueza espiritual compartida. Este mar lo estamos navegando juntos y en sus aguas juntos hemos descubierto innumerables islas del tesoro.

Por lo demás, permitidme que hable de mi trabajo literario, de cuáles fueron las primeras semillas que en el fondo contienen todo lo que soy, como escritor, como periodista, alguien que no puede imaginar el mundo sin palabras escritas, sean estas vehículos de fábulas o de noticias.

En el verano de 1936, un mes antes de que empezara la guerra civil española, mis padres habían alquilado una casa de pescadores en una playa cerca del pueblo. Permanece en pie todavía. Es una casa muy humilde. Se llama Villa Alegría. El nombre está escrito con letras azules en el remate de la fachada blanca de cal. La casa tiene una sola planta, sus rejas hoy están corroídas por el salitre y la habitan unos punkis. Se halla en primera línea y cuando hay temporal se abren las puertas y el mar la atraviesa. El mar entra y sale a sus anchas con total libertad. Gracias a este don resiste.

En el verano sangriento de 1936 yo acaba de nacer y por tanto mi cerebro era prácticamente agua, que tal vez se estaba alimentando del perfume de algas, de reflejos cegadores de sal, de visiones de barcas varadas, del sonido perenne del oleaje que parecía sorber los cantos rodados en la resaca. De pronto, en medio de aquella dicha preternatural España se encendió en llamas. El odio alcanzó la cumbre de las montañas. Mi familia volvió al pueblo y para alejarnos del frente de guerra mis padres alquilaron otra casa en

Vila-real. Esta casa formaba esquina entre la calle llamada del Ecce Homo y la calle Virgen de los Dolores. Mi conciencia afloró en esa encrucijada bajo esos nombres terribles, con sensaciones contrarias, el azul de Villa Alegría y el negro de la calle Ecce Homo, el placer y el castigo, el sol y la culpa, el pecado y la sal marina, la dulzura y las tinieblas.

Terminada la guerra, en La Vilavella, el pueblo donde nací, al lado de casa, había un balneario llamado La Estrella, que tuvo cierta prestancia en los años veinte del siglo pasado cuando allí cumplían la novena de aguas muchos ejemplares de la burguesía, damas con pamea y collares hasta la cintura, señores con corbatas de lazo y sombrero blanco. Durante la guerra civil de 1936 este balneario fue convertido en hospital de sangre y la artillería del ejército franquista no cesó de enviarle hierros hasta reducirlo a escombros.

Jugando entre sus ruinas alcancé el uso de razón. En el balneario La Estrella había bañeras con garras de león, espejos velados, mosaicos con delfines, cielorrasos desventrados donde hibernaban ristras de murciélagos boca abajo y pérgolas con columnas de mármol que procedían de las ruinas de Itálica, pero en medio de la destrucción quedó un espacio intacto. Era el cinematógrafo, un salón donde en los buenos tiempos pasaban películas de cine mudo y se realizaban bailes con gramolas de campana y placas de la Voz de su Amo. Las figuras de Charlot, de Buster Keaton, del Gordo y el Flaco, tal vez de Douglas Fairbanks y Mary Pickford, los héroes de la época, habían dejado sus sombras en el aire de aquel recinto cerrado.

Cuando conocí ese espacio, bajo la pantalla rasgada había una pianola con las tripas al aire. Luego, con los años, supe que en aquel cinematógrafo, en plena guerra, se había instalado un quirófano de fortuna. La batalla de Teruel había sido muy cruenta y a este balneario, que se hallaba muy a retaguardia, llegaban ambulancias con soldados heridos o congelados a causa del rigurosísimo invierno. En medio de alaridos de dolor allí se amputaban piernas y brazos, se realizaban operaciones a vida o muerte prácticamente sin anestesia.

Después, en aquel mismo lugar los niños jugábamos a nuestras guerras sin saber que las manchas oscuras que todavía perduraban en el suelo y en las paredes eran de sangre de soldados de verdad.

A medida que fui creciendo tuve más noticias inconexas de aquellos hechos y llegó un momento en que ya no lograba distinguir la realidad y la

ficción, los fantasmas que pudo crear la máquina de cine en la pantalla y la carnicería real que había sucedido en el patio de butacas. Bailes de burgueses de entreguerras, carcajadas provocadas por Buster Keaton, heridas abiertas y miembros amputados con un serrucho, el olor a formol unido al sonido del clarinete de Benny Goodman o de un tango de Gardel, aquel mundo que sólo conocí como leyenda se fue adentrando en mi conciencia hasta imprimir, como un sello indeleble, una visión feliz y cruel de la existencia.

Los muertos y los héroes, el glamour de las estrellas, la crueldad de la guerra, las alfombras rojas, todas las imágenes fascinantes y ensangrentadas, que hoy nos devoran, estaban ya en el oscuro salón de aquel cinematógrafo en el tiempo de la inocencia. Esta doble vertiente, entre la estética y la moral, ha sido el fundamento de toda mi literatura. No he logrado escapar de ella.

Según me contaron años después, el día 7 de julio de 1938, en plena guerra civil, hacia las dos de la tarde, había una olla al fuego en la cocina de casa. Durante algunas jornadas las baterías de la artillería franquista estaban arrojando proyectiles sobre el frente republicano. En la cocina de casa hervía lo que sería un potaje miserable de escuetas verduras, nabos, acelgas, cardos, judías blancas sin tocino ni carne alguna, pero el agua del caldo era mineral y procedía de la fuente del pueblo, un manantial en el que ya abrevaron las legiones romanas, puesto que la vía Augusta pasaba por delante de la casa donde nací.

No era Escipión el Africano el que ahora llegaba sino el ejército franquista y éste fue directamente el responsable de aquel desaguisado que sucedió en la cocina. Era mi abuela Roseta la que gobernaba aquel potaje. Tal vez lo habría probado ya de sal mientras los obuses seguían sonando con pulsiones densas y no muy lejanas. El resto de la familia, excepto la abuela, incluyéndome yo mismo, que entonces aún andaba a gatas, estaba refugiado en la despensa, bajo la escalera de piedra.

De pronto se reventó un proyectil en la calle y una esquirla penetró en casa, anduvo rebotando entre las paredes con un silbido confundido con los destrozos que causaba a su paso, entró en la cocina, dio de lleno en la olla hasta partirla en dos y derramar todo el caldo. La abuela, que fue respetada por la metralla, vino al refugio, donde la tía Pura rezaba un trisagio para aplacar la ira de Dios, Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, líbranos, Señor, de todo mal y desde el vano de la puerta, con sus brazos en jarras, dijo: “Hoy no comemos”.

Y después de un silencio selvático entraron las tropas franquistas en el pueblo compuestas por moros y cristianos. La familia salió del refugio, llevándome mi madre en brazos, para saludar a los vencedores, pero la abuela se negó a vitorear a un ejército que parecía hacer una guerra con el único objetivo militar de arruinarle el potaje. No he pretendido en esta vida otra cosa que reconstruir filosóficamente en mi interior aquel espacio ascético, blanco y pacifista de la cocina familiar como una forma delicada del espíritu. Aquel desaguisado me ha hecho antimilitarista.

Es la misma sensación que experimenté años después durante unas vacaciones en el hotel Voramar de las villas de Benicasim, en la provincia de Castellón. En el verano de 1953 en ese hotel se estaba rodando la película *Novio a la vista*, de Luís García Berlanga. Durante esas vacaciones en ese hotel, siendo yo adolescente, hice amistad con un viejo doctor republicano represaliado.

En las tardes que pasábamos juntos sentados en la terraza frente al mar él me contaba historias de la guerra del bando de los derrotados. El hotel Voramar también había sido hospital de sangre. Allí habían reposado los brigadistas internacionales heridos. La ficción cinematográfica se desarrollaba en la terraza a nuestro alrededor y estaba encarnada por personajes de los años veinte, damas con corpiño de avispa y señores con trajes color manteca, canotiers y cuellos de porcelana, que de niño había imaginado como fantasmas que poblaban el cinematógrafo del balneario La Estrella de mi pueblo.

Gracias a las pláticas del viejo doctor humanista y republicano en las tardes del Voramar, mientras se oían las voces de los cineastas bajo el zumbido del generador del rodaje, supe que en el este hotel hospital fue visitado por John Dos Passos, por Dorothy Parker, por Hemingway y su novia la periodista Martha Gellhorn, por el cantante de blues el negro Paul Robeson, por Alejo Carpentier, por Ilya Ehreburg. Allí habían sucedido historias románticas entre brigadistas y enfermeras.

Aquel verano experimenté una inmersión ideológica. La guerra civil no era como me la habían contado. Conocí el revés de la trama y a partir de aquel verano también cambiaron mis lecturas y participé en la primera escalada de la montaña mágica. Había un oratorio cercano. Se oía la campana que llamaba a misa los domingos. Fue allí donde por primera vez sustituí la misa por el baño en la mar creyendo que este rito era más sagrado.

Recuerdo que en el hotel veraneaba un matrimonio francés con una hija

adolescente. Era muy guapa, de nariz respingona. El día que bajó a la playa en bikini llegó una pareja de la guardia civil y amenazó con detenerla. La chica estaba empeñada en salir de extra en la película, pero el director García Berlanga había dado órdenes estrictas a su ayudante para que no dejaran acercarse al set a aquella pesada. Pese a sus reiteradas súplicas aquella adolescente no logró su propósito. No salió en esta película, pero al año siguiente todo el mundo la conocería como Brigitte Bardot, protagonista de *Y Dios creó a la mujer*, de Roger Vadim.

Los materiales de mi literatura, casi todos procedentes de un derribo espiritual, estaban ya preparados. Con ellos he tratado de construir un pequeño mundo de auto ficción en los relatos de *Contra Paraíso*, *Tranvía a la Malvarrosa*, *Jardín de Villa Valeria*, *Verás el cielo abierto* y *León de ojos verdes*. Todos están basados en una memoria fermentada por la imaginación y diluida en un tiempo y en un espacio mediterráneo. Se trata de una experiencia literaria, no de una autobiografía.

La infancia es una patria común. En el fondo la infancia es un estado de la naturaleza. Todas las personas, aun en ámbitos diversos y en tiempos distintos, se reconocen en ella, y según sea la memoria feliz o desdichada que de la infancia se conserve, ésta significará para siempre el paraíso o el infierno. Cualquier paraíso siempre es un paraíso perdido. Cualquier infierno siempre es un infierno presente, recobrado.

La expulsión del paraíso consiste en alejarse de la niñez, de aquel lugar donde los días eran tan azules como el propio mar. El camino del este del Edén son los años que uno va cumpliendo de forma inexorable. Llega un momento en que el escritor tiene que volver a aquel espacio para recuperar la virginidad en los ojos cuando la experiencia de la vida le ha llenado de erosiones, de caídas, de deserciones, de costumbres.

Creo que en mi libro *Contraparaiso* está en esencia todo el material que a lo largo de los años me ha nutrido espiritual y literariamente. También anida en él lo fundamental de mi estética: debajo de la belleza está la corrupción, debajo de la destrucción renace siempre la belleza. Las primeras experiencias de los cinco sentidos se convierten en lacres de luz que sellan el alma. Las primeras sensaciones de un niño forman profundos surcos que conducen desde el placer al terror. Esta experiencia había que narrarla con gran sencillez, puesto que las sensaciones que tenía que analizar eran puras y sencillas.

Bajo estas amenazas morales se desarrollaba la imaginación, que en principio era un baluarte para defenderte. En efecto, primero se miente para defenderte de la autoridad del padre, luego para complacerle, después por el placer que te produce ese juego, que hace que te sientas libre y seguro dentro de esa fortaleza de la imaginación y, finalmente, esa ficción de ti mismo se convierte en una creación que el niño va llevando hacia la obra de arte si es capaz de volar todos los puentes de ese castillo de naipes. Tal vez sea éste el origen de la literatura. Frente a amenaza moral o autoridad represiva la imaginación es capaz de generar una energía que pone en marcha los cinco sentidos corporales.

He aprendido de los presocráticos que el máximo placer de los sentidos se produce en el límite, esa línea divisoria donde comienza la prohibición, el lado oscuro o negativo del Edén. El placer debe estar siempre iluminado por la espada de fuego de ese arcángel que guarda la puerta del paraíso para que nunca puedas regresar a él. También la sensación de despojo comenzó a atraerme con gran fuerza cuando comencé a escribir sin adherencias barrocas o esteticistas. La verdad es más profunda cuanto más sencillas y desnudas son las palabras.

Si *Contraparaíso* es un análisis de los sentidos atrapados en ese instante en que la conciencia te separa de la naturaleza, *Tranvía a la Malvarrosa* es un libro de iniciación. El paso de la adolescencia a la juventud viene determinado por el sacramento de la confirmación, que en cualquier cultura equivale al sacrificio del héroe.

El viaje es una fuente de revelación. El héroe huye al Este del Edén, navega en busca del Vello de Oro, regresa a Ítaca, se refugia en el desierto, sube al Sinaí, se adentra en el bosque para rescatar a la princesa que está en poder del dragón o da la vuelta alrededor de su propio yo y en cualquiera de estas aventuras encuentra una salvación.

En este caso el protagonista adolescente viaja en un tranvía azul y su trayecto es corto, se desarrolla desde la ciudad a la playa de la Malvarrosa, pero su significado es el mismo que alentó a todos los héroes.

En aquella Valencia sensual, huertana, eclesiástica, reprimida de los años cincuenta del siglo pasado los sentidos estaban a punto de reventar por todas las costuras de los cuerpos. Sobre el color ala de mosca que envolvía todas las cosas había una línea azul que abría todo el horizonte. Esa línea no sólo

era el mar como símbolo de la libertad y de la belleza, también era el destino final de todos los deseos y placeres. *Tranvía a la Malvarrosa* trata de eso. El trampolín de la piscina era la cima donde Sísifo acarrea la piedra, solo que en este caso la carga era el propio cuerpo adolescente en bañador de algodón con cordoncillo, ante la visión del mar en cuya arena deslumbrada la gente simulaba ser feliz. Otra ficción.

En cambio en *Jardín de Villa Valeria* el protagonista ya es el coro, porque ésta es la historia de una generación, que al final de la dictadura de Franco abrió el camino de la democracia y de la libertad e inauguró todos los ritos de la modernidad, con algún sendero prohibido que daba directamente al acantilado.

Era mayo del 68 la primera vez que subí a ese lugar al pie de Siete Picos del Guadarrama y entonces Villa Valeria estaba en ruinas en medio de un gran jardín de pinos y robles también abandonado. Pertenecía a una preservada colonia de la Institución Libre de Enseñanza, donde los discípulos de Giner de los Ríos trataron de fundir el espíritu de la República con el perfume del espliego. Allí nos reuníamos los fines de semana un grupo de jóvenes progresistas, con patillas de hacha y pantalones de campana, chicas con los senos libres, las faldas de viscosa y la cara lavada solo con jabón, rodeados de niños a los que se intentaba educar sin traumas.

En el aire de aquel jardín arruinado había quedado en suspensión la espiritualidad agreste de la Institución Libre de Enseñanza, pero el perfume de espliego había sido sustituido por el olor de la marihuana.

Como cualquier elemento vivo una generación nace, crece, se reproduce y muere. Alrededor de la derruida mansión de Villa Valeria, en su jardín abandonado esta generación abrió todos los caminos que conducían a la libertad y la democracia. Al final de esta historia una niña se columpia bajo los pinos de Villa Valeria. Es el símbolo de la vida que continúa con todos sus placeres. Uno será siempre inmortal mientras crea que esa niña es la expresión del eterno retorno, de otros días, de otros juegos, de unos cantos azules rodados.

Un tórrido día de verano en que el resplandor del mediodía coagulaba el universo, con la sangre todavía muy joven, leí el primer libro de Albert Camus, tumbado frente al mar en una terraza donde había unas sábanas blancas tendidas. Recuerdo que en un barranco cercano, lleno de alacranes, balaba una cabra dolorida que se había enredado en una zarza, mientras yo leía que

la rebeldía de Prometeo era el símbolo del humanismo.

Este héroe había robado el fuego a los dioses y fue por ello encadenado a una roca a merced de los buitres, que le sacaron las entrañas. Con ese libro descubrí el Mediterráneo. La rebeldía consistía en no resignarse nunca a vivir sin la belleza y sin la libertad y también sin un placer, exento de melancolía: esa era la mejor arma contra los dioses. El brillo cruel de aquella luz no estaba hecho para la reflexión, sino para la pasión cuyo sentido era la oscura inocencia.

A partir de ese día comencé a sostener el cigarrillo entre los dedos como lo hacía Albert Camus y después me compré una gabardina blanca con trinchera pensando que de esta forma adquiriría también toda su filosofía. Entonces yo vivía los veranos en medio de un fulgor negro, como el de Orán y Argel, y la tierra tenía unas pulsiones idénticas. El sol que incendiaba las sábanas tendidas en la terraza era el fuego que Prometeo había robado a los dioses: de él se derivaba una moral sin culpa y el compromiso contra el dolor de los inocentes. Como en la playa de Orán, a mi alrededor había barcas varadas en la arena con los pantoques color naranja y entre ellas corrían niños desnudos; y los jóvenes miraban con ojos pastosos a las chicas con sandalias y telas ligeras, como en las terrazas de los cafés de la calle Michelet, de Argel.

Ahora junto con el balido de la cabra, oía los gritos de unos adolescentes, que habían abandonado el partido de fútbol en la calle, para ir en auxilio del animal. Ya se sabe como son de rebeldes las cabras. No se someten al rebaño, no obedecen al pastor, pero de pronto quedan enredadas en una zarza y comienzan a llorar. Quien no haya realizado este trabajo no sabe lo difícil que resulta liberar a una cabra cuando está rodeada de espinos. Tratas de ayudarla, ella te rechaza, al mismo tiempo quiere ser libre y aun se enreda más sin dejar de balar con una tristeza cada vez más airada. Desde la terraza contemplé la maniobra. Aquellos adolescentes no estaban liberando a Prometeo, se trataba sólo de una cabra, que, tal vez, con sus balidos estaba maldiciendo también a los dioses.

El periodismo bajo el imperio del verbo

He escrito otras novelas, otros libros sobre la transición política hacia la democracia, crónicas urbanas, retratos de personajes, libros de viajes y artículos. Otra faceta de mi trabajo ha sido el periodismo literario. El articulismo

en España ha constituido una tradición en la que se han medido los mejores literatos a lo largo del siglo XX. Pienso en Julio Camba, en Azorín, en Ortega y Gasset, en Unamuno, en Eugenio D'Ors, en Gómez de la Serna, entre otros. La mayor parte de la obra de estos creadores se ha manifestado en papel de periódicos, entre otros y en primer lugar en *La Nación* de Buenos Aires, que ha sido un baluarte y refugio de muchos escritores españoles.

Pero más allá de la creación literaria, la necesidad de estar informado, la curiosidad por saber lo que pasa a nuestro alrededor puede que estén inscritas en lo más profundo de la conciencia humana desde el inicio de la historia. De viva voz, con señales de humo, con sonidos de tantán, con signos trazados en tablillas de barro, en papiros, pergaminos, sobre papel, a través del teletipo, de las ondas de radio, de las imágenes de televisión o por internet, incluso en las camisetas estampadas con frases que expresan deseos perentorios o con gritos de alquitrán en las paredes del suburbio. Esta necesidad, esta curiosidad se ha ido transformando a lo largo de los tiempos en uno de los derechos humanos más evidente y, dado que la información es una fuente de poder, en uno de los derechos humanos más vulnerados. Hasta hace poco la información llegaba de arriba abajo. Hoy la información es horizontal a través de los celulares y va de abajo arriba. Ya no hay reglas.

No se sabe, al menos yo no lo sé, en qué momento y en qué lugar nació el periodismo moderno, tal como lo conocemos hoy. Si se desecha la idea de que Homero fue un enviado especial a la guerra de Troya o que Jenofonte unió la crónica rigurosa con la alta literatura al contar en tercera persona con un estilo sencillo en el *Anábasis* la retirada de los 10.000 mercenarios griegos a través de cuatro mil kilómetros de territorio enemigo hasta volver a la patria; o que César tal vez hizo la guerra de las Galias solo para poder contarla o que el castellano ha alcanzado las cotas más altas de expresividad y belleza en los Cronistas de Indias, que los enciclopedistas en el siglo XVIII elevaron el panfleto a la máxima categoría del pensamiento; que en las secciones de sucesos del diario *The New York Times* en los años sesenta del siglo XX nació la literatura de no ficción como una forma de narrar todas las pasiones de la sociedad, si se dejan a un lado estos ejemplos estelares, puede uno imaginar que el periodismo moderno tuvo su origen en un lugar donde se concentraban a la vez hechos insólitos, pasiones, crímenes, sueños, miserias y hazañas de cada tiempo y el alma humana se manifestaba en carne viva, cosa que suce-

día en los muelles de los puertos de mar, en los bazares, en los tribunales, en las mazmorras, al pie de los patíbulos de la plaza mayor y en la encrucijada de los caminos donde se echaban los dados del azar antes de emprender una aventura, bien de guerra o de comercio.

En el siglo XIV a los muelles de la plaza de San Marcos de Venecia llegaban las naves de Oriente cargadas de especias, perfumes, sedas y terciopelos. Al pie de los barcos se movían unos tipos que tomaban nota de estas mercancías y de las noticias que traían los marineros desde mares lejanos. Sus papeles se llamaban gacetas, palabra que significa papagayo. Los gacetilleros ya sabían que la única verdad era la relación exacta de los objetos de comercio. El resto sólo eran hechos que no se distinguían mucho de las fantasías. Los marineros contaban episodios de matanzas, de ciudades sitiadas, de incendios y otras catástrofes, pero estas noticias venían unidas a los cuentos que habían oído en las esquinas de los grandes bazares. *Las Mil y Una Noches* eran la misma cosa que las especias que servían para sazonar los embutidos del cerdo y a la vez Bagdad había producido la alfombra mágica y la lámpara de Aladino, pero por la ruta de la seda sobrevino la peste por una pulga de las ratas que acabó con una tercera parte de los habitantes de Europa.

En la plaza de San Marcos del siglo XIV la sustancia del periodismo consistía en la relación de mercancías, noticias y las fábulas. Pero en el mundo de hoy esta clasificación del espíritu humano ya no vale. Hoy las noticias se han convertido en una mercancía más, que se vende, se consume, se adultera, se pudre y se tira a la basura o se sobrecarga hasta volverse en imaginaria, de forma que trasciende la pura información para convertirse en un género literario, que define nuestro tiempo y se constituye en el espejo a lo largo del camino en el que se reflejan nuestros crímenes, nuestros sueños, todas las villanías y heroísmos. Noticias y fábulas convertidas en mercaderías, he aquí la esencia del periodismo, como género literario del siglo XXI. Hoy la información está unida a la comunicación; a su vez la comunicación se desarrolla como espectáculo y el espectáculo es inseparable del negocio.

En efecto, unos periodistas se mueven a sus anchas en medio de las hecatombes, pero otros de su misma raza también dan lo mejor de su talento abriéndose paso en la selva de los políticos, en el secreto de los tiburones financieros, en las cloacas del Estado, en el tejido cotidiano de las horas y los días donde los crímenes ordinarios se mezclan con el latido de las pequeñas

pasiones y la lucha por la vida de la gente tributable. Como dijo Dylan Thomas, un buen periodista debe procurar ante todo ser bien recibido en el depósito de cadáveres. Aunque sólo sea, como en la película *Primera plana*, de Billy Wilder, para conseguir de madrugada un poco de hielo para el whisky.

Las noticias de la radio, las imágenes de la televisión, la lectura del periódico en el metro o en el autobús se inmiscuyen en nuestras vidas hasta constituir una sola amalgama con nuestros sentimientos, con nuestra ideología, con cada uno de nuestros deseos, y al final ya no podemos distinguir lo que oímos, lo que vemos y lo que leemos de lo que soñamos.

En el periodismo ya no se lleva la bohemia. Hoy, los males de este oficio son de otra índole. Algunos periodistas confunden su gastritis con los males de la patria; otros se han convertido en consejeros áulicos de políticos y banqueros, o se creen intérpretes de los designios de la historia y conductores de la opinión pública, o sueñan todavía con derribar al gobierno con un artículo.

En este oficio se rompe muchas veces el principio de Arquímedes: muchos periodistas desplazan mucho más de lo que pesan. Tal vez esto se deba a que en periodismo rige un principio maldito según el cual el éxito de un periodista sólo consiste en ser leído y todo vale con tal de llevar al lector embebido hasta el párrafo final de la noticia.

Los héroes de este oficio son aquellos periodistas que dan noticias fidedignas, emiten comentarios inteligentes y ponderados, conscientes de que la moderación es la conquista más ardua del espíritu y a la vez el arma más certera. Llegar a la cima de esta fortaleza exige cada día una mayor preparación técnica, científica y cultural, acorde con la complejidad del mundo.

El éxito de un periodista no consiste en ser leído, sino en ser creído. La credibilidad es su único patrimonio. Periodistas que dirigen la información al córtex de sus lectores donde reside la inteligencia, no al cerebro límbico, asiento de las emociones primarias, del fanatismo, de los deseos ciegos y de las creencias; ni mucho menos al cerebro del reptil que todavía subyace en el fondo del cráneo humano y que nos gobierna los instintos básicos. El córtex debe ser nuestro objetivo, donde reside el análisis y la elegancia del matiz o del regate. No importa el soporte. Papel o plasma. Tablilla de barro o pellejo de cabra. Internet o códice miniado. No importa el medio. Hubo un día en que el mundo de la información cambió de naturaleza.

El 22 de noviembre de 1963, a las 12'30 de la mañana, el industrial textilero de ropa femenina Abraham Zapruder se hallaba encaramado en un pilar junto a la pérgola de la plaza Dealey, en Dallas, con una cámara Bell & Howell de 8 mm, modelo 414. La historia estaba a punto de pasar por delante de su vida.

Abraham Zapruder usaba la cámara de cine para filmar a sus empleados. Esa clase de tomavistas se alimentaba de bodas, barbacoas, fiestas de aniversario, escenas en el columpio del jardín y perros revolcándose con niños súper vitaminados en la pradera. Era la época en que estos aparatos eran todavía inocentes. Aquella mañana de noviembre de 1963 una secretaria de la empresa había ayudado al señor Zapruder a subir a un pedestal para lograr una vista privilegiada. La caravana con el presidente Kennedy y su esposa a bordo de un Lincoln 61 estaba a punto de doblar por Olm Street y entrar en la plaza. Con el ojo pegado al visor este cineasta aficionado siguió al vehículo que avanzaba a 25 km/h y hubo un momento en que el presidente bajó la mano y su cabeza hizo un giro rápido. Un segundo después un letrero obstaculizó la toma y cuando reapareció Kennedy ya tenía una mano en el cuello.

La cámara de Zapruder captó el disparo mortal en la cabeza del presidente con la salida de la masa encefálica, el hueso del cráneo y la ráfaga de sangre. Fueron tres disparos ejecutados en ocho segundos y medio.

Aquel 22 de noviembre de 1963 se acabaron los sueños. Empezaba la nueva era que ha marcado a las sucesivas generaciones. No me refiero a que la muerte del presidente Kennedy marcara el final de una utopía política sino la entrada en la historia del video- aficionado, un personaje invisible, que a partir de aquel hito estelar se ha ido apoderando del planeta para estar en todas partes y en ninguna. A partir del asesinato de Kennedy ya no irán los fotógrafos buscando la noticia sino al revés: serán los sucesos los que irán en busca de las cámaras y al mismo tiempo todas las personas anónimas que pueblan las calles de todas las ciudades del mundo se convertirán en periodistas y a la vez en figurantes de un circo.

Verás salir de la iglesia a unos recién casados, los invitados echando arroz a los novios, a la pareja subiendo a una limusina orlada con cintas, globos y cascabeles y a uno de los cuñados grabando el feliz acontecimiento con un celular. Sin darse cuenta este aficionado también habrá tomado con la cámara sin darse cuenta el atraco que en ese momento se estaba produciendo en

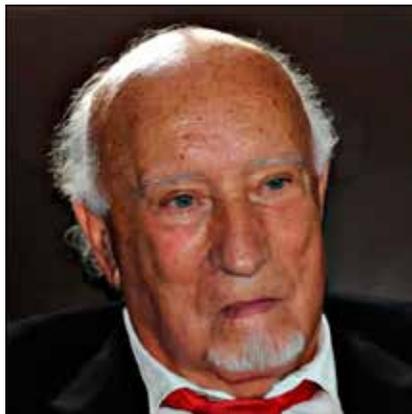
la licorería de la esquina. Sobre la hamaca de una playa de Sumatra habrá un turista grabando la sonrisa feliz de su novia en bikini con un coco en la mano cuando, de pronto, en la misma toma se verá avanzar una ola gigantesca del mar que va a tragar a medio millón de personas, pero desde los techos de las casas inundadas cientos de aficionados seguirán dando testimonio directo de la tragedia mandando voces, fotos, gritos. En el andén de un suburbano de Londres, en medio de la multitud, tres sujetos se abrirán paso con unas mochilas. Cuando poco después unos vagones salten por los aires la policía descubrirá a los terroristas a través de las cámaras. Lo mismo sucede en Norteamérica cuando la policía apalea a un negro.

El señor Zapruder tuvo que llevar a revelar la película a un laboratorio y esperar algunos días para ver el resultado y entregarlo a la policía. Hoy sus descendientes andan con el celular en el bolsillo cargado como un arma con capacidad para grabar toda clase de escenas en directo. Después con solo darle a un botón puede pasarse directamente a internet, de modo que vaya usted donde vaya, se halle dentro o fuera de la ley, tiene que saber que su rostro pertenece ya al universo.

Todo el mundo ya es actor en este planeta. Al fin y al cabo el film de Zapruder resultó ser también sólo una ficción. Pertenece a la conciencia colectiva que aquel magnicidio fue una conspiración urdida contra el presidente de Estados Unidos. Es prácticamente imposible que el rifle de Oswald, con mecanismo manual, disparara tres tiros certeros sobre un blanco móvil en ocho segundos. Hubo una bala mágica que se vio obligada a herir a cuatro personas a la vez cambiando de trayectoria para que todo encajara. Un gánster de medio pelo, el cabaretero Ruby, se invistió de la afrenta nacional y del dolor de Jacqueline para sellar la boca del acusado con un disparo al hígado también ante las cámaras. La Comisión Warren zanjó la cuestión con la teoría del asesino único mediante cientos de miles de folios que en el fondo no eran sino comentarios acerca de una película film de 8 mm. cuya duración no excedía de dieciséis segundos, con la que inauguró la edad del espejo universal donde todo el mundo se refleja al mismo tiempo.

Cuando pase el tiempo y el detritus de esta sociedad se eleve como un polvo sucio o dorado en el espacio de la memoria colectiva, ese polvo flotará acompañado sustancialmente de las palabras que fueron escritas en los periódicos, de las crónicas, los reportajes, los artículos y las fotos amarillas, que

entonces ya no serán noticias, opiniones, pensamientos e imágenes concretas de la actualidad, sino la ficción de la vida que vivimos. Y ésa será nuestra verdadera historia literaria que hará soñar a los habitantes del futuro.



Manuel Vicent/Foto: JULIETA DE MARZIANI (PRENSA-UNLP)



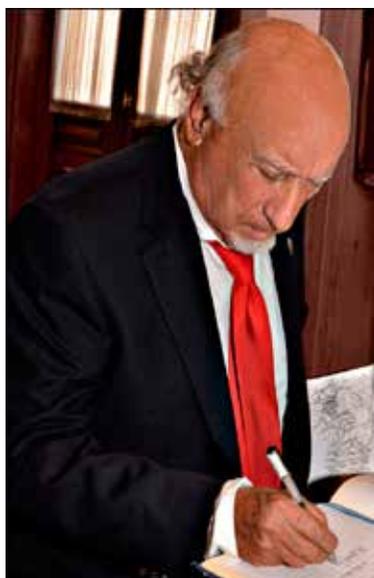
El presidente profesor Raúl Perdomo hace entrega a Manuel Vicent de la insignia de la Universidad Nacional de La Plata/ Foto: JULIETA DE MARZIANI (PRENSA- UNLP)



La Vicepresidenta Académica y Científica de la Universidad Nacional de La Plata, profesora Ana Barletta, hace entrega del título de Doctor Honoris Causa a Manuel Vicent/
Foto: JORGE CATHELIN



El Decano de la Facultad de Humanidades, doctor Aníbal Viguera, felicita al escritor español/ Foto: JORGE CATHELIN



Manuel Vicent firma como Doctor Causa de la UNLP/ Foto: JORGE CATHELIN



Manuel Vicent y el Embajador de España en Argentina, don Estanislao de Grandes Pascual/ Foto: JORGE CATHELIN



Integrantes de la mesa del Acto de investidura de Manuel Vicent y de la apertura del *III Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Diálogos transatlánticos: puntos de encuentro*: Doctora Raquel Macciuci, Profesora Ana Barletta, Doctor Anibal Viguera, Doctora Miriam Chiani/ Foto: JORGE CATHELIN



Intervención de la directora del Centro de Teoría y Crítica Literaria,
doctora Miriam Chiani/ Foto: JORGE CATHELIN



Intervención de la presidenta del *III Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Diálogos transatlánticos: puntos de encuentro*, Raquel Macciuci/
Foto: JORGE CATHELIN



Charla de Manuel Vicent con Raquel Macciuci y José Luis de Diego, con la moderación de Federico Gerhardt. *III Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Diálogos transatlánticos: puntos de encuentro*, 8 de octubre de 2014, sesión vespertina/
Foto: NÉSTOR BÓRQUEZ

**Ceremonia de investidura del escritor y periodista
Manuel Vicent como Doctor Honoris Causa por la
Universidad Nacional de La Plata**



Ceremonia de investidura del escritor y periodista Manuel Vicent como Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de La Plata



Manuel Vicent lee su Clase Magistral/Foto: JORGE CATHELIN

Palabras de la Directora del Centro de Teoría y Crítica Literaria de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, doctora Miriam Chiani

Autoridades de la Universidad y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; investigadores; docentes invitados; profesores, alumnos visitantes y de nuestra Facultad, público presente, es un gran honor para mí participar de esta Mesa inaugural y de este acto de máxima investidura

académica. Deseo, primero, en mi nombre y en el de mis colegas del Centro de Teoría y Crítica literarias, darles la bienvenida a éste ya tercer Congreso Internacional de literatura y Cultura Españolas Contemporáneas, y expresar asimismo nuestro respeto por la trayectoria de Manuel Vicent y nuestro apoyo y satisfacción por su designación como Doctor Honoris Causa.

Un acontecimiento que, más allá de justificarse por los propios méritos del señor Vicent, constituye una derivación o consecuencia directa y natural de la índole de estas reuniones científicas –que vienen desarrollándose desde el año 2008– y de las líneas de investigación que caracterizan el área de literatura española contemporánea dentro del Centro, en especial de quien preside este congreso y ha promovido este nombramiento con absoluta aprobación de nuestros pares...

En efecto Raquel Macciuci dirige desde el año 2009 proyectos en torno a la literatura en soporte prensa –“Letras sin libro”–, en los que trata cuestiones tales como mestizaje, intermedialidad, canon, legitimación, y proyecciones del articulismo en la novela del siglo XXI. Ha dictado conferencias y seminarios de posgrado sobre narrativa española actual desde abordajes transartísticos y transdisciplinarios; y realizado cantidad de publicaciones sobre literatura y periodismo centradas en la figura de Vicent. Recuerdo, solo como ejemplos, el Número monográfico (número 12), de la revista *Olivar*: –“Literatura, soportes, mestizajes. En torno a Manuel Vicent (2008)” – y los recientes trabajos “Técnica, soporte, ámbitos de sociabilidad y mecanismos de legitimación: sobre la construcción de espacios de literatura en la prensa periódica”, y “Deconstrucción y cotidianaización de los mitos clásicos en la literatura de Manuel Vicent: el espacio cultural mediterráneo y la huella simbolista”.

Por otra parte estas reuniones científicas trienales no solo han pretendido desde su inicio consolidar en el medio académico argentino un ámbito específico de estudio de literatura y Cultura Española contemporáneas, sino establecer un enfoque programático abierto a distintos saberes, al diálogo entre prácticas y áreas diferentes, al intercambio cultural –desde los contactos entre las literaturas de España y las de Latinoamérica y Argentina, hasta las relaciones entre literatura, cine, arte, periodismo y otros medios. En esta oportunidad, la estructura del Congreso, organizado en simposios, demuestra el interés por enriquecer estos diálogos al concentrar y profundizar los intereses y las discusiones en determinados ejes

1. A partir de Manuel Vicent. Literatura / periodismo en la literatura española: nuevas aproximaciones. Coordinado por Raquel Macciuci

2. Teatro: dramaturgia, representación y espectáculo. A cargo de Natalia Corbellini y Lea Hafter

3. Guerra y posguerra: la retaguardia y el testimonio silencioso. Fragmentos de la vida cotidiana española desde la literatura y el fenómeno intermedial. Coordinado por Néstor Bórquez

4. Proyectos editoriales de españoles en la Argentina, cuyo responsable es Federico Gerhardt

5. 75 años después: voces y relatos argentinos para la narración de la Guerra Civil española. A cargo de Mariela Sánchez

6. Transformaciones en las representaciones de los géneros sexuales desde la transición democrática hasta nuestros días. Organizado por Virginia Bonatto, asistida por Ignacio Lucía.

Quiero en suma destacar que este encuentro y la propuesta de investidura de Manuel Vicent como Doctor Honoris Causa de la UNLP son resultado de un trabajo continuado y exitoso sobre determinadas cuestiones que intenta posicionar la reflexión sobre las producciones literarias españolas en el marco de los grandes debates teórico/culturales contemporáneos. Trabajo que ha favorecido, en alto grado, además, el interés y la participación de alumnos y jóvenes investigadores y por consiguiente el desarrollo de este ámbito de estudios en nuestro Centro.

Extiendo en nombre del Comité científico de la unidad académica que dirijo mis felicitaciones tanto a Manuel Vicent como a los responsables, organizadores y colaboradores de este evento y les auguro a todos fructíferas horas de discusión y “puntos de encuentro”.



Palabras de la Presidenta del III Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Diálogos transatlánticos: puntos de encuentro, doctora Raquel Macciuci

Señora Vicepresidenta Académica y Científica de la Universidad Nacional de La Plata, profesora Ana Barletta; señor Decano de la Facultad de

Humanidades, doctor Aníbal Viguera; señora Directora del Centro de Teoría y Crítica Literaria, doctora Miriam Chiani, señor Embajador de España en Argentina, don Estanislao de Grandes Pascual, demás autoridades presentes, estimados colegas, estudiantes, público y, de manera especial, Manuel Vicent, tengan ustedes muy buenos días.

Para quienes venimos organizando desde 2008 este ciclo de reuniones científicas, constituye un especial motivo de orgullo que en el marco del acto inaugural del *III Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Puntos de encuentro* tenga lugar la investidura de Manuel Vicent como Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de La Plata. No abundaré en los méritos que han hecho merecedor al escritor y periodista más emblemático de un extenso período de la historia de España, de la máxima distinción que los centros de altos estudios conceden a un visitante ilustre, porque esas cualidades están reseñadas en la resolución que escucharemos a continuación.

Tampoco haré mención a los valores éticos y democráticos del escritor pues las palabras pronunciadas por la profesora Ana Barletta y por el doctor Aníbal Viguera lo han expresado cabalmente. Acerca del historial académico que ha dado lugar al nombramiento me remito a la exposición de la doctora Miriam Chiani. En cambio, prefiero enfatizar una razón primordial: Manuel Vicent es un escritor amigo, estrechamente relacionado con nuestra casa, con la carrera de Letras y con la cátedra de Literatura Española Contemporánea, mediante un largo intercambio mantenido a través de la mejor vía para conocer a un escritor, la lectura y el estudio de su obra. A lo largo de los años y los cursos académicos, los estudiantes han podido apreciar la dilatada producción del escritor valenciano, comprendida por sus memorables novelas y los cuantiosos, magníficos artículos, que desde finales de los años '60 brindan a los lectores una conjunción única de excelente literatura e insobornable periodismo, en la que destaca la mirada despierta y aguda sobre el tiempo corto de la historia, que es la crónica cotidiana.

En primer lugar, me referiré a la obra de Vicent publicada en libro. Sus novelas y relatos extensos, aun cuando envuelven al lector en la cadencia de una prosa sugestiva y refinada, están lejos de ofrecer una concepción del mundo plácidamente conciliadora. Pese a que no adopta una vía dramática de enunciación, sus personajes habitan zonas atravesadas por tensiones y con-

fictos. La amable legibilidad de su escritura navega aguas abisales, a veces oscuras e inquietantes, poblada de metáforas y simbolismos que forman un compendio literario y vital con marca de autor. Al decir de sus críticos, bajo la prosa sensual, refractaria al intelectualismo, reside una cimentada filosofía y un lúcido pensamiento, atravesados por un discreto escepticismo distanciador. Por mi parte, creo más justo decir que la prosa sensual, refractaria al intelectualismo, no es una capa que encubre una filosofía profunda y un pensamiento lúcido; por el contrario el placer y la voluptuosidad constituyen una filosofía esencial y un componente inseparable de su pensamiento más claro.

Sus dotes de novelista explorador de fórmulas narrativas heterogéneas, engarzadas por las asonancias de un lenguaje límpido, rico en aromas, sabores, sonidos y reveladoras sinestesias de inconfundible textura plástica, hubieran sido suficientes para hacerlo merecedor de un Doctorado Honoris Causa.

Pero además –me introduzco ahora en su obra breve– Manuel Vicent sobresale, como se ha anticipado, en el difícil arte del articulismo literario. Su vasta y multifacética producción publicada en prensa es un modelo de la alianza del escritor exigente y el periodista experimentado, en la línea de la mejor tradición del género que surgió y maduró en occidente a la par del publicismo moderno. Su dominio de las fórmulas esenciales de la prosa periodística de creación lo convierten en un anticipado refundador de los muy actuales “relatos reales”, o como se prefiera llamar a las múltiples simbiosis narrativas de realidad, ficción y autoficción que hoy triunfan en el campo de una novela cada vez más híbrida y porosa a los discursos de la historia. Pero más allá de sus condiciones superiores para el ejercicio del periodismo literario, las intervenciones desde la tribuna pública que descubren al hombre comprometido con su tiempo, han jugado un papel tan decisivo como las aptitudes poéticas.

No por conocido es redundante recordarlo: en España, desde Mariano José de Larra hasta el presente, se puede seguir el rastro de una modalidad de periodismo de autor cuya pervivencia en las historias literarias es inseparable del papel clave que desempeñó para abrir caminos en períodos históricos dinámicos y cambiantes, marcados por la búsqueda colectiva de nuevos espacios de libertad. Pasada más de una centuria de los señeros artículos de Fíguro, en un contexto de cambio de régimen con resonancias de la conversión

del absolutismo fernandino en monarquía constitucional, las intervenciones Manuel Vicent destacaron con sello propio –por su estilo, agudeza, creatividad y coherencia– entre el nutrido conjunto de excelentes crónicas que acompañaron el tránsito de la dictadura a la democracia desde el tardofranquismo hasta la recuperación de la estabilidad política en los años ochenta. Desde entonces, las transformaciones y conflictos que irrumpieron en el mundo de final de siglo no han dejado de movilizar la pluma del escritor que hoy recibimos en nuestros claustros, ni de convocar lectores que buscan comprender una realidad desconcertante y a menudo ininteligible.

En las páginas de la legendaria revista *Triunfo* primero, y de forma ininterrumpida en el diario *El País* a partir de 1976, Vicent registró con mirada lúcida y anticipatoria el pulso acelerado de la historia. Sea en las crónicas parlamentarias del primer año constitucional, sea en reportajes de infinitas temáticas, en certeras semblanzas de personajes presentes o pretéritos, o en sus celebradas columnas dominicales, ha volcado un relato maravillado del mundo mediante un lenguaje literario que combina inteligencia, exactitud y lirismo. La probada admiración que despiertan sus textos sin duda no es indiferente a la independencia de una singladura profesional –por necesidad, ideológica y moral– que supo mantener el propio rumbo, alejado tanto de claudicaciones como de defecciones espurias, cuando el joven y audaz órgano periodístico de la transición política española se transformó en uno de los más poderosos grupos empresariales de comunicación multimedial en idioma castellano.

Los lectores de Manuel Vicent, por tanto, no sólo se sienten cautivados por el depurado estilo y el dominio de los procedimientos de una literatura exigente y ajena a las brechas culturalistas y los obstáculos formales. De igual forma admiran a un escritor que, dueño de un lenguaje plástico y sensorial con ecos de la mejor eufonía modernista, sabe ponerlo al servicio del compromiso ético identificado con las víctimas y los perdedores en un mundo dolorosamente desigual. Aunque rechaza convertir la iniquidad en credo estético o programa militante, no acepta que razones de estado ni pragmatismos de turno le impidan recobrar palabras esenciales y decir, sin eufemismos, pobres, ricos, hambre, desahuciados, pateras, memoria, Antígona, cunetas, fosas, fusilados O expresar con la humanidad justa la orfandad de un niño de Ruanda, el desamparo de una desplazada colombiana, la desolación de un

desempleado español desalojado de su vivienda.

En su forma de entender la literatura y el oficio –dicho con sus propias palabras, de “escritor que ve la vida a través de la escritura”–, la percepción sensible y directa del costado más inclemente de la humanidad no es incompatible con el derecho al placer. Sus páginas son ponderadas reiteradamente por la capacidad introducir al lector en una fiesta sensorial de raíces –sus raíces– mediterráneas y paganas.

La invitación al goce y a la celebración de la vida encierra un acto subversivo en un mundo ordenado según la racionalidad de los fines. Hedonismo con una base profundamente ética; derecho al placer y austeridad, son binomios indisolubles de una filosofía vital que no se ajusta a la hartura ensimismada del norte bientestante. Mediante rituales sencillos y cotidianos dice al hombre enajenado de prosperidad que es posible resacralizar el mundo. Sin proclamas ni prédicas, sin cerrar los ojos ante la realidad inhóspita, relee a Epicuro, revalida el goce y se desmarca de manera radical del sentido trágico y pecaminoso de la existencia.

Sea en su vertiente implacablemente crítica, o en su faz más vivificante; desde los géneros extensos más canónicos o desde la brevedad y versatilidad del articulismo –lamento no poder detenerme en su poco conocida y menos estudiada producción audiovisual, como *Elogio de la luz*, exquisito recorrido por la arquitectura contemporánea española– Vicent no alecciona ni lisonjea. Sus formas amables y persuasivas, su ironía perspicaz o su sátira mordiente dejan al lector librado a sus propios recursos. La literatura vicentina evita la suficiencia, las lecciones de moral, las verdades incontestables y las trampas de la nostalgia edulcorada y condescendiente con el pasado. En dirección opuesta, desautomatizando la percepción, exponiendo el costado inadvertido de las cosas, Vicent invita a revisar las creencias y hábitos instalados. Su mirada sobre la realidad puede sobrecoger o maravillarse, complacer o incomodar, desternillar de risa o emocionar, pero los efectos no resultan sedativos, aunque sumerjan al lector en una fiesta del lenguaje.

Sin pensamos con Walter Benjamin, que el narrador deja su huella adherida a la narración del mismo modo que un alfarero deja el rastro de sus manos en la superficie de la vasija de barro; es válido añadir que algunos alfareros alcanzan la categoría de eximios. Vicent deja en sus textos –con mano maestra, es lícito añadir– la huella indeleble del narrador que logra, según lo

expresa el filósofo judeo-alemán, mediante “la vieja coordinación de alma, ojo y mano”, “elaborar las materias primas de la experiencia, la propia y la ajena, de forma sólida, útil y única”.

He expuesto hasta aquí, espero que eficazmente, los rasgos principales de la producción y trayectoria que han traído Manuel Vicent a nuestra casa; me resta hacer un *racconto* de una serie de circunstancias que realzan esta investidura. Me complace recordar, más aún en el ámbito de un congreso sobre literatura española, que Manuel Vicent es el primer escritor de su país que recibe el Doctorado Honoris Causa en la Universidad Nacional de La Plata. Con la particularidad añadida de que su nombre forma parte de una muy exigua serie de literatos que merecieron este diploma: desde 1992, cuando fue concedido a Ernesto Sabato, ningún otro escritor, ni argentino ni extranjero, figura en la lista de doctores Honoris Causa.

Por otra parte, la distinción que hoy se otorga viene a cerrar un capítulo olvidado y lamentable: el último intelectual español propuesto por la Facultad de Humanidades para recibir el máximo título fue el profesor Claudio Sánchez Albornoz, historiador eminente, exiliado de la guerra civil y presidente de la República Española en el exilio. Paradójica –y siniestramente– la propuesta fue elevada cuando finalizaba el funesto periodo de Guillermo Gallo, pertinaz rector interventor de la última dictadura militar. Don Claudio –obra en el expediente– no se dignó responder, y mucho menos, asistir a retirar el diploma. El hecho de que por solicitud de la misma facultad otro ciudadano de España, Manuel Vicent, reconocido por sus virtudes democráticas y progresistas, deshaga ese hiato histórico con un expediente de Doctor Honoris Causa sólo señalado por la normalidad, se enaltece aún más en un día como hoy, en que en este mismo edificio tendrá lugar un acto por la memoria de Rodolfo Achem y Carlos Miguel, trabajadores de la UNLP asesinados en 1974 por la Triple A –Alianza Anticomunista Argentina– hace exactamente cuarenta años.

Finalmente, deseo subrayar en particular el buen hacer de nuestro decano Aníbal Viguera, quien llevó con criterio y sabiduría una delicada misión, como es la de demostrar y convencer a todos los estamentos y a los representantes de áreas de conocimiento muy disímiles, de que el candidato propuesto merece, por su obra literaria y por su trayectoria profesional, ética y moral, pasar a formar parte de la comunidad académica de nuestra casa con el máxi-

mo título. Fue así como, llegadas las instancias decisivas, Manuel Vicent fue aceptado por unanimidad: los cuatro claustros de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación en primer término y los cuatro del Consejo Superior votaron sin fisuras (una rareza dentro de la normalidad) a favor de su incorporación a la historia de esta casa.

Bienvenido Manuel Vicent a la Universidad Nacional de La Plata. Gracias por aceptar formar parte de esta familia académica.

